

TRAS LAS ESTRELLAS

*Pablo Ugalde García y Pablo Ricó Salort
Ilustraciones por Beatriz Sanguino Fernández*



Era una bonita noche cerrada. Las estrellas se veían como nunca y yo no paraba de preguntarme el misterio que ocultaban. Quería saberlo todo sobre ellas. Desde muy pequeña me encantaba quedarme hasta tarde mirándolas, inventándome historias sobre ellas. Todo podía ser posible en un lugar tan enorme como era el espacio, tanto que es infinito y pocas cosas lo son.

Me acababa de mudar a Washington, así que no sabía si aquí podría seguir la misma rutina de mirar el cielo nocturno. Tenía diez años por entonces y yo estaba llena de curiosidad. Papá me había ayudado a construir un telescopio y, pese a que no estaba muy interesado, él me acompañaba a las convenciones donde otros soñadores como yo exponían sus ideas. Ya sabía a ciencia cierta lo que sería de mayor: astrónoma.



Habría adversidades, pues ser mujer era difícil. Pero no pasaba nada: si perseguía mi meta estaba segura de que lo conseguiría.

...

Cómo me equivocaba. La vida no era tan sencilla como yo la imaginaba, pero hoy, a mis 87 años, he hecho lo que siempre quise hacer, viví como quise vivir y nadie me dijo lo que tenía que hacer. Pese a que nunca valoraron mi trabajo, yo misma lo valoré, lo disfruté y lo amé.

En mis manos tenía un álbum que había encontrado en el armario. Pasaba páginas y a mi mente venían los recuerdos.

Me encontraba en una nueva página. Me recibió la fotografía que me tomaron a la entrada del Vassar College.

El motivo por el cual me cambié de centro fue la primera vez que tuve problemas por el mero hecho de ser mujer, ya que un profesor de física ignoraba a las chicas de mi clase, debido a que no creía que fuesen lo suficientemente inteligentes. En este nuevo colegio me había graduado en un mejor ambiente; ya que su primera directora fue mujer y había escrito diversos trabajos que yo siempre leía.

Después de obtener mi licenciatura de Astronomía en el Vassar College, me quise inscribir en la Universidad de Princeton por el año 1948. En aquel entonces no permitían mujeres en el programa de estudios graduados de Astronomía, así que nunca recibí mi catálogo.

Pasé de página y me encontré con la fotografía del día que terminé los estudios. Yo estaba llena de sueños e ilusiones y había terminado estudiando en la Universidad de Cornell, donde sí me admitieron. Parecía que hubiera sido ayer cuando empecé mis estudios sobre el movimiento de las galaxias, pero de eso ya hace bastante tiempo.



Estaba segura de que el universo nos ocultaba algo, algo grande. Había cosas que los seres humanos no podíamos ver, cosas mágicas, fantásticas, irreales. El mundo estaba

lleno de preguntas sobre lo que vemos, pero... ¿y lo que no vemos? ¿Y si existiera algo que nosotros no pudiéramos detectar, cómo sabríamos que está ahí? La respuesta era sencilla para los menos curiosos, pero no me bastaba con un “*nunca sabremos si existe*” porque estaba decidida a averiguarlo. Los planetas ocultaban algo, el universo ocultaba algo y a mí me encantaban los secretos.

Al universo se le notaba que estaba escondiendo algo. Los planetas se movían atraídos por una misteriosa fuerza que no era la gravedad. Una fuerza extraña, imposible de detectar, pero ahí es cuando aprendes que nada es imposible. Conocida como materia oscura; está oculta en nuestro universo, en nuestro espacio, en nuestra vida. No sabemos mucho de ella porque es casi indetectable y lo poco que sabemos ha sido por pequeñas pero largas investigaciones que han sido mi vida entera: años y años buscando algo nuevo, algo extraño, algo mágico, pero sobre todo, algo oculto.

Una de las investigaciones más famosas que llegué a realizar fue el descubrimiento de que las estrellas del borde de la galaxia se movían más rápido. Eso ayudó al desarrollo de la teoría de que existía una materia oscura.



Así pasé varios años de mi vida, estudiando las tasas de rotación de las galaxias. Este esfuerzo me llevó a descubrir la teoría de la materia oscura. Investigaciones que fueron ocultadas en su gran mayoría y otras por las que pude disfrutar de ser la segunda mujer astrónoma elegida por la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. Lamentablemente, mis estudios “no valieron la pena” para ganar el premio Nobel de Física, el cual solo dos mujeres han podido ganar: Marie Curie y Maria Goeppert-Mayer, y el cual 200 hombres han obtenido.

...

Recuerdos, eso es lo que se ocultan . Hoy es Año Nuevo, sí, hoy empieza 2016 y probablemente sea mi último año de vida, porque tengo la certeza, y nunca fallo, de que no podré llegar a 2017. La magia hace en mí lo que en nadie más hace. Todavía quedan cosas ocultas, imposibles de detectar. Pero nunca olvides que nada es imposible, seas mujer o hombre, seas negro o blanco, seas de un país o de otro. Nada es imposible. Encuentra lo que está oculto, lo que nadie más puede ver y muéstraselo. Ellos podrán luego apreciarlo, o no, pero vive como quieras vivir.

Vera Rubin murió a los 88 años el 25 de diciembre de 2016 en un centro de vida asistida en Princeton, Nueva Jersey, luego de padecer de demencia por varios años. Verá peleó siempre por la igualdad de las mujeres, siendo ella un claro ejemplo de la lucha y la injusticia.

“Rubin merecía el Premio Nobel porque el descubrimiento de la materia oscura revolucionó la astronomía y el concepto del universo. El testamento de Alfred Nobel, fundador de los premios, describe al premio de física como un reconocimiento al 'descubrimiento más importante' dentro del campo de la física. Si la materia oscura no encaja en esa descripción, no sé qué lo hace” ,dijo Levesque, una astrónoma de la University of Washington tras su muerte.

A pesar de la demencia que Vera Rubin padeció en sus últimos años, vivió y murió pudiendo ser y disfrutar como ella quería.